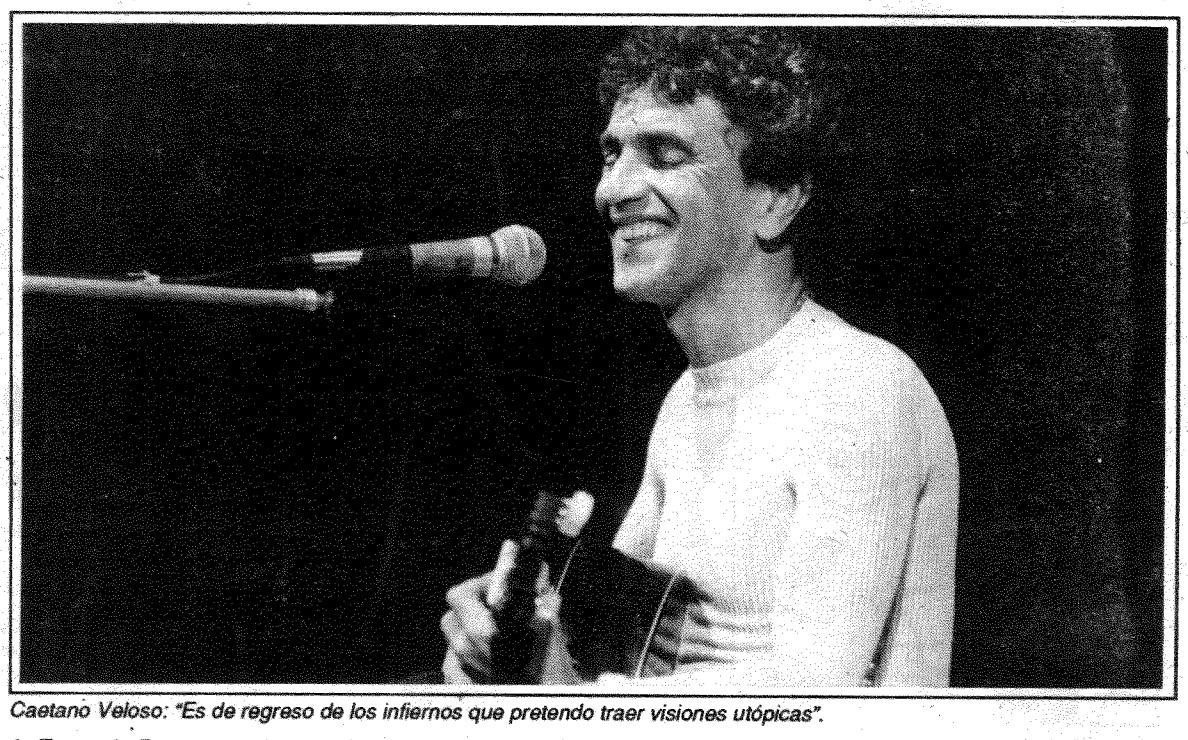
*Caetano Veloso y una visión cultural*

# Propuestas para un próximo milenio

Caetano Veloso no sólo es un gran músico, es un lúcido observador de la cultura de Brasil, la música y el pensamiento filosófico. El siguiente texto fue extraído de su libro **Museo Abierto al Descubrimiento**, de gran repercusión en su país. A la vez, en esta misma página, y con motivo de la edición de su último trabajo, **Fina Estampa**, donde el músico discurre por la tradición cancionística de Latinoamérica, se ofrece una reseña pertinente.



*Caetano Veloso: "Es de regreso de los infiernos que pretendo traer visiones utópicas".*

**por Caetano Veloso**

■ Nuestro pueblo, "diferente de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado. Esto puede atribuirse al hecho general de que el Estado es una abstracción inconcebible. El Estado es impersonal: nosotros sólo concebimos relaciones personales. Por eso, para nosotros, robar dinero público no es delito. Somos individuos, no ciudadanos. Aforismos como el de Hegel —Estado es la realidad de una idea moral— nos parecen bromas siniestras".

Las palabras que acabo de citar pueden parecer referidas a nosotros.

Pero, en verdad, son una descripción sobre el carácter argentino al que Borges recurrió más de una vez en sus impecables escritos. Si decidí repetirlas aquí es porque me interesa resaltar el riesgo que todos corremos —todos los que hablamos en nombre de países perdedores de la historia y todos los que toman las llagas permanentes del subdesarrollo casi como virtudes idiosincráticas de nuestra nacionalidad—. Lo que nos parece siniestro es ver nuestra incapacidad para la ciudadanía elevada a la condición de contrapartida de una bella vocación individualista. Y de aprender que nuestra falta de respeto por los dineros públicos nace de un casi noble rechazo de esa inconcebible abstracción que es el Estado.

Pero lo que me interesa aquí, en realidad, es una aproximación de ese aspecto difícil de contacto con aquel texto. Saber en qué medida podemos, sin ilusionarnos, hacer planes para el futuro y soñar a partir de un aprovechamiento de nuestra originalidad tomada en su complejidad y en su desafío.

Quiero llegar a interrogantes como éstos: en qué medida podemos discriminar lo que es, en nosotros, atraso, en relación, por ejemplo, con las conquistas norteamericanas de los derechos de los ciudadanos; y lo que es una ventaja nuestra por no tener esa obsesión que los norteamericanos tienen que someter a juicio público a las más íntimas, sutiles y graduales acciones del ámbito privado. No sé la respuesta a tales interrogantes. De lo que estoy seguro es de que no me satisfacen las respuestas predominantes. Esas preguntas, esa mirada más próxima a la frase de Borges, se debe a mi ambición de hacer algo muy fuera de moda en nuestro final de siglo —final también de milenio—; algo tan en desuso y desprestigiado que temo que su anuncio suene como una aberración: hablar en tono de profecía utópica.

El deseo de esbozar nuevas utopías no se debe a la necesidad de contrastar con el ambiente desencantado sino a la responsabilidad de compensar mi propia participación en la creación del sentimiento de desencanto. Me refiero a mi actuación en la música popular desde mediados de la década del 60 y, sobre todo, a las actitudes algo escandalosas y algo sobreestimadas que, al final de aquella década, ganaron el nombre de tropicalismo. Ese movimiento, en lo que a mí respecta, tuvo todas las características de un descenso a los infiernos. Para hacerme entender, es necesario considerar el clima de la MPB (Música Popular Brasileña) en aquella época, el desarrollo del samba-jazz, el surgimiento de la canción comprometida y, finalmente, la esdrújula conjugación de las dos, como una especie de optimismo superficial e ingenuo comparado con la densidad de la bossa nova. Por supuesto que es la bossa nova la que tiene fama de optimista, y que las canciones de protesta, con sus convencionales ritmos jazzísticos, son las que trajeron las referencias explícitas a la miseria y la injusticia social y el tono crítico. Pero desde el punto de vista de los que hicieron el tropicalismo, era todo lo contrario.

La bossa nova de Joao Gilberto y Antonio Carlos Jobim significaba violencia, rebelión, revolución y también profundidad y amplitud; sentir con intensidad y coraje, querer con decisión. Y todo eso implica enfrentar los horrores de nuestra condición. Nadie compone "Chega de saudade", nadie consigue aquel golpe de guitarra sin conocer no sólo los esplendores sino también las miserias del alma humana.

### DESCENSO A LOS INFIERNOS

Cuántas veces escuché decir que Brasil se cansó de ser el país del futuro, o que Brasil era el país del futuro, pero el futuro llegó, pasó y Brasil quedó. El optimismo aparente de la bossa nova no es tonto y por eso ni siquiera nos pareció optimista cuando estábamos al borde de sumergirnos en el tropicalismo. El optimismo de la bossa nova parece inocente de tan sabio: en él están resueltos provisoria, pero satisfactoriamente, todos los males de este mundo. Podemos decir, recordando a Nietzsche, que es trágico. El ceño fruncido de la izquierda festiva parece serio pero es apenas bobo. El tropicalismo siempre quiso estar a la altura de la bossa nova: yo vivo repitiendo que Brasil tiene que llegar a merecer la bossa nova. Nuestro descenso a los infiernos fue una estrategia de iniciación al gran optimismo, pero todavía no superamos la fase sombría iniciada en 1967.

Ninguna canción habló tal mal de Brasil como las tropicalistas, ni antes ni después. Con excepción de canciones posteriormente compuestas por los músicos del movimiento o por sus sucesores algo remotos: los mejores rokeros de los 80. Es de regreso de los infiernos que pretendo traer visiones utópicas.

Una vez, tuve una fascinante conversación sobre la canción "Tropicalia" en un castillo medieval en Cesimbra, con Roberto Pinho y un señor portugués al que consideraban alquimista. El punto de unión era el profesor Agostinho Da Silva, un intelectual portugués que fue perseguido por Salazar y viajó a Brasil. Fue pensando en ellos que incluí el recitado de un poema de **Mensagem**, de Fernando Pessoa, en el happening que fue la presentación del tema "É proibido proibir", en un concurso de música popular en la televisión en 1968. Pero no estaba embarcado en el viaje de los sebastianistas ni como estudioso ni como militante. Sólo me parecía interesante que hubiera gente hablando del Reino del Espíritu Santo y de una futura civilización en el Atlántico Sur, en una época en que todo el mundo hablaba de plusvalía y en las tesis científicas de transformar el mundo a través de la clase obrera.

Y, sobre todo, fue por esa causa que entré en contacto con el libro **Mensagem**, que me reveló la grandeza de la poesía de Fernando Pessoa. No me parecía posible que en cada sílaba de esos poemas se demostrase tan hondo conocimiento del ser de la lengua portuguesa. Cada sonido, cada idea sugerida parecen estar allí como una necesidad de la lengua portuguesa: como si esos poemas fueran fundadores de la lengua o su justificación final.

De modo que, en Cesimbra, comencé a ver "Tropicalia" y a pensar el tropicalismo a la luz del sebastianismo o, mejor, en mi versión del sebastianismo, que consistía en adivinar lo que era el sebastianismo de ellos. Yo era escéptico.

### ESPARTACO

En mi segundo año de exilio en Londres y por Glauber Rocha, que en esos días filmaba **Cabeças cortadas**, fui a Barcelona y vi la amargura con que el pueblo de Cataluña sufría su anexión a Castilla y la humillación de que su lengua materna fuera aplastada por el castellano. Un día, uno de los productores de Glauber contó la versión del descubrimiento de América que comenzaba con Colón como catalán de nacimiento. Lo aseguraba con la misma pasión que ya había oído en algunos sebastianistas brasileños y portugueses cuando hablaban de las pruebas de que Colón era portugués. Años después, leí un libro de Unamuno donde habla de Portugal y de su lengua con mucho cariño y delicada observación. Señala la sensación de culpa que deja en el alma de un escritor español el pensar en las lenguas portuguesa y catalana.

Pero ese día, en Barcelona, sentí que Portugal y Cataluña se identificaban en la creación de sus fantasías compensatorias.

El poema "O Colombo", de Pessoa, redime ese sentimiento y, en su grandeza, es una superación de toda inferioridad a la vez que propone una trascendencia de la herida.

Pero el portugués no es el catalán.

No sólo porque Portugal no fue anexada a España. También porque difundió su idioma por el mundo. Y aquí estamos hablando portugués en este inmenso pedazo de continente sudamericano. Somos muchos millones. Nunca llegamos a ser un buen país. Y gran parte de nuestros males vienen del hecho de ser portugueses.

Vienen en la panza de la marea y bajan de la cultura mediterránea y sureuropea que, a su vez, es una marejada de la ola civilizatoria de regiones cálidas hacia las regiones frías: Babilonia, Egipto, Grecia y Roma dieron lugar a Inglaterras, Alemanias y Canadás. Roma permanece entera al ayudarnos a acostumbrarnos a sus conquistas en territorios bárbaros, donde las ideas de protección, rapidez y precisión se superdesarrollaron dirigidas por hombres determinados, que transformaron la llama de la carrera humana en implacable y penetrante luz fría. El Renacimiento, el Occidente moderno, es fuertemente mediterráneo. Leonardo y Camoes, y sus desarrollos boreales nos trajeron adonde estamos para bien o para mal.

Estados Unidos es la última expresión de ese gran movimiento que al llegar al Extremo Oriente por Japón, los tigres asiáticos neocapitalistas y por China neocomunista, parece estar en vías de desviarse de ruta o bien cambiar la orientación. No tenemos forma de medir cuánto le debemos a esos minuciosos y limpios pecadores del Norte, Prometeos de helado fuego que nos provocan con comunicaciones rápidas y computadorizadas de informaciones cada vez más complejas y más fácilmente manipulables. Y también con prescripciones legales que tengan en cuenta una pluralidad de comportamientos nunca antes imaginada en una sociedad humana. Crecí despreciando a los entreguistas que adoran servir de lacayos del capital norteamericano: en su forma arrogante de mostrar sumisión veo la más abominable expresión de anormalidad.

Pero me siento identificado con norteamericanos del tipo de Gertrude Stein, Walt Whitman, John Cage (y también, en gran medida, los artistas pop de los 60), que apostaron a una afirmación de Estados Unidos, mientras que muchos de nuestros amigos norteamericanos "liberales" de izquierda me causan, a veces, un cierto disgusto cuando hacen una mezcla de mistificación de Europa con mistificación del Tercer Mundo para negar lo que tiene de peligrosamente sugestivo la experiencia norteamericana.

Tal vez Brasil nos induzca a esperar experiencias más extremas. Y ahora es el momento de correr el riesgo y considerar ventajosas hasta las condiciones adversas que la historia nos obsequió.

Sólo ante la perspectiva de un país mejor es que nosotros los artistas tenemos el deber de percibir lo que la historia sugiere que seamos.

Podemos revalorar aspectos de nuestro atraso como señales de que escapamos de una servidumbre mayor en el misterioso desvelo de nuestro destino.

## *Soy loco por ti, América*

**FINA ESTAMPA, Caetano Veloso. Producción artística de Veloso y Jaques Morelenbaum. Coordinación y producción ejecutiva de José Celso Guida. Con la participación de Zeca Assumpcao (bajo), Jaques Morelenbaum (cello), Marcelo Costa (batería), Luis Brazil (guitarras), Paulo Calasans (piano), entre otros. Editado bajo licencia Polygram.**

MUSICA

**por Gustavo Laborde**

■ La humildad les es negada a los mediocres. Sólo los creadores geniales reconocen el justo valor de las obras ajenas. En ese sentido se puede echar mano a la frase de Borges: "Algunos se jactan de los libros que han escrito, yo me jacto de libros que he leído". Esto mismo podría parafrasearlo Caetano Veloso. El brasileño, al igual que Borges, es de esa clase de artistas que se saben inmersos en una genealogía, en un mapa de precursores y contemporáneos que los definen dentro de la tradición, la que cada uno escoja para sí.

Caetano Veloso se inscribe dentro de una tradición que tiene por eje a la canción popular. Confeso amante de la música cantada, pasión que heredó de Doña Canó, su madre, a quien dice imitar, el compositor bahiano es un exhaustivo coleccionista que declara poseer un repertorio superior a las doscientas canciones compuestas en lugares e idiomas de todo el mundo.

A lo largo de sus discos ha rendido tributo a músicos como los Beatles, Gardel, Michael Jackson, Roberto Carlos, además de muchos de los músicos populares de su país (a quienes venera con devoción), sin que su ego se haya visto mellado jamás. Es en esa veta interpretativa en la que acaba de editar **Fina Estampa**, un noblísimo homenaje a la canción popular latinoamericana, continente idiomático al que se siente unido por lazos estrechos y al que ya le había compuesto la canción en español "Soy loco por ti, América".

**Fina Estampa** es una antología de 15 canciones compuestas y cantadas en español que reúne a compositores como el mexicano Agustín Lara, de la década del cuarenta, o al cubano Ernesto Lecuona, del treinta, y que llega hasta el rosarino Fito Páez, el más contemporáneo de todos los versionados. El registro ilustra sobre los gustos de este excepcional músico brasileño, que ejecuta estas versiones con un vigor interpretativo refinado, sensato y humilde.

La edición del CD es cuidada: proporciona la fecha, el país de origen, designa al compositor y trae las letras completas, algunas de ellas verdaderas joyas de la poesía popular. Estos **covers** no son de manera alguna fieles, en su acepción estricta, a los originales. Caetano Veloso se permite variaciones rítmicas y arreglísticas que le imprimen la rúbrica inconfundible de su estilo. Y es éste, acaso, aunque resulte paradójico, el mayor mérito de este disco: la infidelidad. Caetano interpreta, mira a través de sus cristales. Traduce y traduce mal como única forma de seguir siendo fiel a los hacedores de estas canciones, que tienen mucho que decir del ayer y que Veloso los hace comparecer ante el hoy. De alguna manera, redescubre la tradición, la difunde y la entronca con su propia obra y la hace florecer en su garganta prodigiosa. Estas cancioncillas lo hacen feliz, destila gozo en cada una de ellas. Larga vida a Caetano.